

Reflexiones sobre el capítulo 6 de Juan

Arzobispo Naumann - Semana 5



Diácono Bill Scholl:

Bienvenidos a Encendiendo nuestros corazones con asombro eucarístico, del arzobispo Joseph Naumann, de la Arquidiócesis de Kansas City, en Kansas, una serie de reflexiones sobre el Evangelio de Juan -- mientras contemplamos el maravilloso don de nuestro Señor a través de la acción de la Misa, cuando Cristo se nos da en la Eucaristía. (música)

Arzobispo Joseph Naumann:

Queridos amigos, les habla el arzobispo Joseph Naumann. Gracias por acompañarme en estos podcasts. Continuamos nuestro paseo a través de esto, y de hecho hoy concluimos nuestro paseo por el sexto capítulo del Evangelio de san Juan. Tendremos un podcast más después de ese. Hoy leemos del sexto capítulo, versículos 60 a 69:

“Muchos de los discípulos que lo oyeron comentaban: ‘Este discurso es bien duro: ¿quién podrá escucharlo?’. Jesús, conociendo por dentro que los discípulos murmuraban, les dijo: ‘¿Esto los escandaliza? ¿Qué será cuando vean al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es el que da vida, la carne no vale nada. Las palabras que les he dicho son espíritu y vida. Pero hay algunos de ustedes que no creen’. Desde el comienzo sabía Jesús quiénes no creían y quién lo iba a traicionar. Y añadió: ‘Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede’. Desde entonces muchos de sus discípulos lo abandonaron y ya no andaban con él. Así que Jesús dijo a los Doce: ‘¿También ustedes quieren abandonarme?’. Simón Pedro le contestó: ‘Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y reconocemos que tú eres el Consagrado de Dios’”.

Así que amigos, al llegar a esta conclusión del sexto capítulo del Evangelio de san Juan, vemos que muchos de los que escucharon esto lo sintieron abrumador. Algunos de los discípulos de Jesús que habían estado con él, que le habían visto realizar muchos milagros y se habían sentido atraídos por sus enseñanzas. Pero ahora cuando empieza a decir este mensaje sobre que él mismo es el pan de vida, y habla de que “si no comen la carne y beben la sangre del Hijo del Hombre, no tendrán vida en ustedes”, como dice en este capítulo. Él está hablando de lo que entenderíamos como la Eucaristía, e identificándose como ese pan vivo que bajó del cielo. A muchos les parece que esto es demasiado para creer, y por eso se alejan. Jesús dice en un momento dado: “¿Esto los escandaliza?”. Y luego dice: “¿Qué será cuando vean al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes?”.

Así que Jesús está presagiando su pasión, su muerte y su ascensión. Y dice que: “Si esto los escandaliza, cuánto más los puede escandalizar eso”, pero esta es la realidad, este es el destino que tiene. Y le dice que no está hablando con palabras de la carne, sino que está hablando con palabras que son espíritu de vida. Y luego Jesús, no les dice a los que se alejan, “Oh, deténganse, vuelvan. Sólo hablaba metafóricamente. Lo que digo es sólo simbólico”. No, Jesús no hace nada de eso. En cambio, se dirige a los Doce, el grupo que ha estado más cerca de él, y les dice: “¿También ustedes quieren abandonarme?”.

Y Simón Pedro, en uno de sus momentos brillantes en el Evangelio le respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y reconocemos que tú eres el Consagrado de Dios”. Probablemente Pedro y los otros Doce, no entienden esto por sí mismos, pero tienen confianza en Jesús. Saben quién es y creen en las palabras que dice. Así que es realmente este sexto capítulo de Juan el que forma la base junto con las narraciones de la institución que encontramos en los Evangelios sinópticos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, e incluso en la epístola de Pablo, también hay una confirmación sobre cómo la Eucaristía estaba en el corazón de la vida de la comunidad cristiana primitiva. Que era tan importante para ellos, la Eucaristía. Me gustaría leer un par de citas de algunos de los padres de la Iglesia que hablan sobre la importancia de la Eucaristía. Y así es en los primeros días de la Iglesia.

La primera es tomada de san Ignacio de Antioquía. Vivió entre los años 35 y 108. Así que nació justo en la época en que quizás murió Jesús, pero es uno de los primeros cristianos y es este gran obispo que será martirizado. Pero esto lo dijo, en sus propias cartas, cuando se dirige a las comunidades cristianas en su camino al martirio. Dice: “Reúnanse comúnmente por la gracia, individualmente en una sola fe y en Jesucristo, que fue la semilla de David, según la carne, a la vez Hijo del Hombre e Hijo de Dios. De este modo, obedecerán al obispo y al presbiterio”. Así que tenían obispos, incluso al principio, y sacerdotes. “Obedezcan al obispo y al presbiterio con una mente indivisa, partiendo un mismo pan, que es la medicina de la inmortalidad, y el antídoto para evitar que muramos, permitiéndonos vivir para siempre en Jesucristo”.

Entonces Ignacio está dando testimonio de la importancia de la Eucaristía. Y utiliza esta poderosa frase, que es la medicina de la inmortalidad, el antídoto, realmente, para la muerte. Y así es como la Iglesia primitiva veía la Eucaristía. De nuevo, Justino el Mártir es un poco más tardío, vivió aproximadamente entre el año 100 y el 165, pero formó parte en gran medida de la Iglesia primitiva. Justino escribe en una de sus llamadas apologías: “Llamamos a este alimento Eucaristía, no como pan común ni como bebida común, los recibimos. Sino como Jesucristo, nuestro Salvador se encarnó por la palabra de Dios y tuvo carne y sangre para nuestra salvación. Así también, el alimento que se ha convertido en la Eucaristía es tanto la carne como la sangre de Jesús encarnado”. Así que de nuevo, Justino el Mártir da testimonio de las verdades de fe de la Iglesia primitiva. Es por eso que muchos se han convertido al catolicismo desde el protestantismo, donde la Eucaristía ha sido ampliamente rechazada.

Hay quienes han conservado alguna apariencia de ella, pero porque han estudiado a la Iglesia primitiva, a los primeros padres de la Iglesia, y encuentran que la Eucaristía era muy central en ella. San Gregorio de Nisa, que es bastante posterior en el siglo IV, de los años 335 a 394, dice: “El pan, de nuevo es primero, pan común, pero cuando el misterio santifica, se llama y se convierte realmente en el cuerpo de Cristo”. Entonces esos son sólo algunos de los testimonios de algunos de los grandes padres de la Iglesia, sobre la Eucaristía y sobre la realidad de que ésta es Jesucristo haciéndose presente para nosotros.

Y volvemos al punto de partida, que este Dios que tanto nos ama y desea estar en comunión con nosotros, lo llamamos Sagrada Comunión debido a que cuando recibimos la Eucaristía, somos llevados a la unión con Jesús de una manera muy íntima y especial. Que este Dios que se humillaría para convertirse en un embrión en el vientre de María, para nacer en estas circunstancias austeras de Belén, para crecer en este pueblo apartado de Nazaret, y luego para pasar la mayor parte de su vida adulta como obrero, como carpintero. Este es el cráter del cosmos, el Señor de los Señores y el Rey de los Reyes. Él se humilla de esta manera.

¿Y no encontraría la manera de hacerse presente ante sus discípulos para siempre?
 ¿Y no sería en una forma que, de nuevo, a la vista de los humanos fuera muy humilde?
 Así que este don de la Eucaristía, queridos amigos, es algo de lo que habla Juan Pablo II, nunca debemos dejar de asombrarnos por este milagro, pero también atesorarlo siempre. Hace ya muchos años, cuando estaba en St. Louis y era obispo auxiliar, nuestro arzobispo de entonces, el arzobispo Rigali, decidió celebrar un Congreso Eucarístico en St. Louis. E invitó a uno de sus buenos amigos. El arzobispo Rigali había trabajado en la Curia y había estado cerca de san Juan Pablo. Y uno de sus mejores amigos de la época, es decir, había pasado creo que más de 25 años en la Curia, era un cardenal belga llamado Jan Schotte. Y el cardenal Schotte, bajo el mandato de Juan Pablo II, era el jefe de la Congregación para los Sínodos.

Así que fue un colaborador cercano de Juan Pablo, pero estaba programado para dar una charla y celebrar la Misa. Pero el primer orador principal fue el padre Benedict Groeschel, que comenzó un viernes por la noche. Y desgraciadamente hubo mal tiempo en la costa este. Benedicto Groeschel no pudo llegar y entonces el arzobispo Rigali le pidió al cardenal Schotte si él pudiera dar una charla. Al principio dijo: “No, no, no estoy preparado”, pero finalmente pudo ver que el cardenal Rigali estaba en un aprieto, y aceptó hacerlo. Y habló de que la primera vez que llevó la Eucaristía fue de niño en Bélgica, que los nazis estaban a punto de invadir el pueblo donde él estaba. La resistencia militar belga, para tratar de impedir que ganaran la ventaja de la altura del campanario, iba a volar la iglesia parroquial.

El sacristán de entonces le pidió a este chico, Jan Schotte, que llevara la Eucaristía a este convento de monjas, donde se esperaba que estuviera protegida. Fue entonces, que a los 11 o 12 años de edad, lleva el Santísimo Sacramento a este convento en medio de esta terrible prueba de la Segunda Guerra Mundial. Y habló sobre lo conmovedor que fue para él poder llevar la Eucaristía. Luego, continúa diciendo que,

una vez que se convirtió en cardenal, y que estaba trabajando en la Curia, un día recibe una llamada del Papa Juan Pablo. El Papa Juan Pablo le dijo: “Jan, quiero que vayas a Siberia”. Y el cardenal Schotte dice: “Santo Padre, ¿qué he hecho?”. Pero le dijo que había ordenado un obispo para Siberia y este obispo le había dicho que él iba a construir una catedral en Siberia.

Cuando llegó, quiso que el Santo Padre viniera a consagrarla. Y dijo, el Papa, que no podía ir a Rusia, debido a la sensibilidad existente con el patriarca ruso ortodoxo. Así que envió al cardenal Schotte en su lugar. Y el cardenal Schotte estaba hablando con este obispo de Siberia, quien había encontrado más de un millón de católicos allí. Y le preguntó, ¿cómo lo hizo? Y le respondió que en cada ciudad, pueblo y aldea instalaba una capilla de adoración. Y dijo que la gente acudía a ella, a este recuerdo de la Eucaristía. Y la verdad de la Eucaristía fue lo que atrajo a estas personas. Que han conservado esto, incluso en tiempos de gran persecución de la fe.

Creo que eso es sólo un ejemplo de la belleza de la Eucaristía y del poder que tiene para aquellos que abren sus corazones a su verdad y a la realidad de que el Señor está verdaderamente presente en la Eucaristía. La Madre Teresa, en sus días de agonía, tuvo la suerte de que en el hospital le llevaran la Eucaristía a su habitación. Y uno de sus biógrafos escribió esto sobre ella y dijo: “La Madre tuvo la gracia en los últimos años de tener el Santísimo Sacramento en su habitación del hospital. Y siempre lo quiso con ella. Tuvo otra insuficiencia cardíaca ante nuestros ojos, le pusieron el tubo en los pulmones para ayudarla a respirar y aliviar la presión sobre su corazón. Antes de que los tubos fueran finalmente retirados, los médicos dijeron: “Padre, vete a casa y tráele esa caja a la Madre”. Por un segundo, me pregunté, ¿qué caja? ¿Una caja de zapatos? Dijo, esa caja, ese templo que traen y lo ponen en su habitación y la Madre la mira todo el tiempo. Si la traes y la pones en la habitación, la Madre se quedará muy tranquila”.

Me di cuenta de que se refería al sagrario con el Santísimo Sacramento. Él me dijo que cuando esa caja está ahí en la habitación, ella no para de mirarla. El médico hindú fue un testigo involuntario del poder de la Eucaristía sobre nuestra Madre. Y por supuesto, a la Madre Teresa, una de las cosas que más le importaba era, y aún hoy en día que las hermanas, además de ir a la Eucaristía, pasen al menos una hora en adoración Eucarística para llenarse de fuerza para salir y poder hacer el trabajo misionero que hacen. Entonces si la Madre Teresa lo consideraba necesario y el propio Juan Pablo tenía esta tremenda devoción a la Eucaristía y cada día pasaba más de una hora en oración antes de la Eucaristía, esto es algo que no es sólo para los santos, sino que es para todos nosotros.

Y todos nosotros, el sacramento está disponible para nosotros. Cuando el Papa Juan Pablo vino a hacer una visita pastoral en St. Louis, y después de haberse ido, fue en 1999, ya entonces se estaba volviendo débil. Hubo una conferencia de prensa después de su partida y uno de los periodistas le preguntó al arzobispo Rigali: “¿De dónde saca el Papa Juan Pablo su energía a su edad?”. Y con algo de salud, porque había celebrado esta Misa con 100,000 personas, había presidido este rally juvenil. Había ido

a visitar un hospital que atiende niños. Tuvo este servicio ecuménico. Es decir, fue increíble lo que hizo en sólo un par de días en St. Louis. Y el arzobispo Rigali dice: “Bueno, tiene un secreto”, y se veía que la prensa estaba bastante interesada en esto.

Pensaron: “Bueno, tal vez tenga alguna bebida energética especial o algo que use”. Pero él dijo: “Sí”. Dijo: “El Santo Padre se alojó en la residencia del arzobispo”. Y dijo: “Se levantó a las tres o cuatro de la mañana, bajó a su capilla y estuvo orando allí durante una hora y 45 minutos antes de dedicarse a sus asuntos del día”. Así que este es el mismo pan de vida que se nos ofrece en la Eucaristía. Y si entendemos esto, que Jesús está realmente presente en esta Eucaristía, que el Señor de Señores y Rey de Reyes viene a nosotros y quiere estar en comunión con nosotros, ¿qué podría ser más importante? ¿Qué podría impedirnos tener esta intimidad con el Señor? Y donde realmente se une a nosotros, es decir, se nos ofrece algo mucho más grande que aquellos discípulos antes de la Eucaristía. Estaban físicamente próximos a Jesús, pero Jesús viene en realidad a morar dentro de nosotros en la Eucaristía.

Así que espero que este paseo por el sexto capítulo del Evangelio de san Juan, el discurso del pan de vida, les haya resultado útil. Tendremos un episodio más, y ese episodio será sobre el Evangelio que se lee el Jueves Santo por la noche del Evangelio de Juan del capítulo 13. No querrán perderse el último episodio, porque el Evangelio de Juan es único en la forma en que presenta los acontecimientos del Jueves Santo. Bueno, gracias por escuchar.

Oremos todos para que podamos tener un amor más profundo, un reconocimiento más profundo y una fe más profunda en la presencia real de Jesús en la Eucaristía, para que nunca la demos por sentada, para que busquemos recibir a nuestro Señor en este Santísimo Sacramento tan a menudo como podamos. Y que vendremos a orar ante su presencia eucarística en adoración. Gracias por escuchar y que Dios te bendiga.
(música)